

La institución educativa católica frente a la emergencia educativa: ¿reto o crisis de identidad?

Sara Sierra Jaramillo, FMA

La intervención, en el marco del “Seminario sobre educación y nuevos modelos de sociedad”, convocado por la CLAR, se enmarca en unos cuestionamientos que necesariamente se deben tener presente a la hora de construir o definir un enfoque o modelo pedagógico: ¿cuál es la naturaleza y la identidad de la propuesta educativa que se quiere ofrecer? ¿Cuál es el tipo de persona y de sociedad que se quiere ayudar a formar? Interrogantes que abordo desde los planteamientos que el Papa Benedicto XVI viene haciendo alrededor de lo que él mismo ha denominado la “emergencia educativa”. Por tanto, las ideas que quiero compartir con ustedes en ningún momento son un desarrollo sistemático del tema “Educación: modelos pedagógicos”, lo que busco es ofrecer algunas reflexiones que problematizan, la manera, a veces un poco instrumental, como elegimos y decimos construir un modelo pedagógico.

1. LA EDUCACIÓN UNA APUESTA POR LA FORMACIÓN INTEGRAL MÁS ALLÁ DE LAS TENSIONES ENTRE LO CONFESIONAL Y LO LAICO

Indagar sobre la naturaleza de la Institución Educativa Católica, en un primer momento nos puede remitir a la pregunta sobre ¿cuál es la diferencia entre educación católica y laica? Estamos en la situación en que, junto a las instituciones católicas también existen las civiles que se definen como laicas. Algunos estudiosos¹, plantean que esto tiene su origen en la separación entre Iglesia y Estado, creada por la revolución francesa. El Estado no se cree obligado a enseñar la verdad o los valores conocidos a través de la Revelación, sino solamente verdades y valores conocidos por la luz de la razón.

Aunque resulte un cuestionamiento casi obvio, vale la pena

*“No tendría
que existir
oposición entre
las verdades
y valores
conocidos a la
luz de la razón,
enseñados en las
universidades
laicas, y las
verdades
y valores
conocidos a
la luz de la
Revelación, que
son enseñados en
las universidades
católicas*

preguntarnos, ¿puede la educación reducirse solamente a la comprensión de lo que la razón le permite alcanzar? Sobre este punto, que abordaremos más adelante, Agius, actual rector de la Universidad Italiana Angelicum, comenta, “no tendría que existir oposición entre las verdades y valores conocidos a la luz de la razón, enseñados en las universidades laicas, y las verdades y valores conocidos a la luz de la Revelación, que son enseñados en las universidades católicas. Porque Dios es autor tanto del orden natural, conocido a la luz de la razón, como del orden sobrenatural, conocido a la luz de la Revelación”². Este postulado lo justifica argumentando:

Que todo hombre sabe que no es dueño absoluto del propio ser, y se pregunta a quién debe su existencia y cuál es el sentido de su vida. El ser humano sabe que depende de un ser superior del cual depende todo ser, toda creatura. Descu-

briendo la existencia de Dios, el hombre siente el deseo de conocerlo y entrar en contacto con él³.

Con respecto a la mirada entre lo laico y lo confesional, Bertone⁴, muestra cómo la sana laicidad conlleva, naturalmente, la distinción entre religión y política, entre Iglesia y Estado. Creyentes y no creyentes encuentran el fundamento de esta distinción en las mismas palabras del Evangelio, cuando Jesús recordó que había que dar “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mt.22, 21). Pero esta misma laicidad no puede significar que Dios sea una hipótesis puramente privada o que excluya la religión y la Iglesia de la vida pública. El intento radicalizado, de plasmar las vicisitudes humanas prescindiendo completamente de Dios, lleva a la marginación total del ser humano y por eso la educación, si quiere ser integral, no puede prescindir de este componente en su propuesta formativa. Sin lugar a dudas, la educación laica es muy útil, pero no consigue responder a ciertos interrogantes que el ser humano tiene con respecto a su propia existencia y de su desti-

no, las así llamadas preguntas del sentido de la vida.

2. LA EDUCACIÓN FRENTE AL RELATIVISMO CULTURAL Y ÉTICO

Cuando una propuesta educativa se restringe al ámbito de la comprensión contemporánea de la razón, la que caracteriza la educación laica, somete al individuo y a la sociedad misma a lo que Benedicto XVI ha llamado la “dictadura del relativismo”, que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos:

Debemos tener en cuenta -dice el Papa- los obstáculos que plantea el relativismo que pone a Dios entre paréntesis y desalienta cualquier opción verdaderamente comprometedora, y en particular, las opciones definitivas, para privilegiar un cambio en los diversos ámbitos de la vida, la afirmación de sí mismos y las satisfacciones inmediatas⁵.

La reducción de la razón conduce, inevitablemente en el plano

ético, al subjetivismo de la conciencia. Veamos cómo Bertone ilustra esta problemática:

A pesar de los intentos de Kant por mantener una moral universal tras haber descartado a la metafísica al afirmar que el único conocimiento racional posible es el de la conciencia se ha de confinar la moral al ámbito puramente subjetivo: no sería posible hablar de normas morales universalmente cognoscibles. Pero entonces, el sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la “conciencia” subjetiva se convierte en definitiva, en la única instancia ética. La consecuencia es clara: de este modo, el ethos y la religión pierden su capacidad para dar vida a una comunidad y se convierte en asunto totalmente personal⁶.

La educación laica es muy útil, pero no consigue responder a ciertos interrogantes que el ser humano tiene con respecto a su propia existencia y de su destino, las así llamadas preguntas del sentido de la vida

El subjetivismo ético llevado hasta el extremo conduce a la situación paradójica de tener que admitir la inmoralidad como moralmente buena. Puesto que no hay modo de determinar lo que está bien y lo que está mal, habría que concluir que todos los comportamientos son igualmente válidos. El sentido común se rebela contra esta conclusión que no sólo es impuesta por el relativismo que surge a partir de los desarrollos de la razón moderna sino que también hunde sus raíces en el fenómeno de la diversidad cultural y de las normas de comportamiento, que “conduce inevitablemente a afirmar la inexistencia de una norma moral común y objetiva. A partir de la experiencia de la diversidad se deduce la imposibilidad de normas morales universalmente válidas. El relativismo moral sostiene que una afirmación ética sería verdadera únicamente en el con-

texto de una cultura determinada. No habría por tanto, convicciones ni principios éticos mejores que otros, ni nadie tendría derecho a decir lo que está bien y lo que está mal”⁷.

En este horizonte relativista, los fines de la educación terminan inevitablemente por reducirse. Se produce lentamente un descenso de los niveles. Hoy notamos, una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento como realización de la libertad. Somos testigos de cómo se ha asumido que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se rechaza admitir, especificaciones y errores. Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la gestión del “riesgo”, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal⁸.

Frente a la crisis desencadenada por el relativismo, la Institución Educativa Católica, recurriendo a la sabiduría divina, está llamada a proyectar luz sobre el fundamento de la moralidad y la ética humana, y debe recordar que no es la praxis lo que crea la verdad, sino

que es la verdad la que debe servir de cimiento a la praxis. Lejos de amenazar la tolerancia de la legítima diversidad, una contribución así ilumina la auténtica verdad que hace posible el consenso, la ayuda a que el debate público se mantenga razonable, honesto y responsable. De igual modo, la Institución Educativa Católica jamás se debe cansar de sostener las categorías morales esenciales de lo justo, sin las cuales la esperanza acaba marchitándose, dando lugar a los cálculos de pragmática utilidad, que reducen a la persona a poco más que un peón de un ajedrez ideológico⁹.

Precisamente, desde una visión relativista de la vida resulta imposible construir o mantener la vida social. Al respecto el Papa nos recuerda:

Cuando en una sociedad y en una cultura marcadas por el relativismo invasor y a menudo agresivo parecen faltar las certezas fundamentales, los valores y las esperanzas que dan sentido a la vida se difunde fácilmente, tanto entre padres como entre los maestros, la tentación de renunciar a su ta-

rea y, antes incluso, el riesgo de no comprender ya cuál es su papel y misión¹⁰.

Pero esta desorientación también la padecen los destinatarios directos de la educación, aun en medio de una sociedad del bienestar. Situación que también pone en evidencia Benedicto XVI:

Los niños y adolescentes, aun rodeados de muchas atenciones y protegidos quizá excesivamente contra las pruebas y dificultades de la vida, al final se sienten abandonados ante grandes interrogantes, que surgen inevitablemente en su interior, al igual que ante las expectativas y los desafíos que se perfilan en su futuro¹¹.

Esta serie de situaciones, dejan al descubierto una de las problemáticas más acuciantes de la sociedad de hoy, que el Papa no ha dudado en definir como, una verdadera “emergencia educativa”¹², que como bien lo dice él mismo:

Incrementa la demanda de una educación que sea tal; por tanto, en concreto, la deman-

No es la praxis lo que crea la verdad, sino que es la verdad la que debe servir de cimiento a la praxis

da de educadores que sepan ser testigos creíbles de las realidades y de los valores sobre los cuales es posible construir tanto la existencia personal como proyectos de vida comunes y compartidos. Esta demanda que viene del cuerpo social e implica a los muchachos y a los

jóvenes, al igual que a los padres de familia y a los demás educadores, constituye de por sí la premisa y el inicio de un itinerario de redescubrimientos y reactivación que, con formas más adecuadas a los tiempos actuales, ponga de nuevo en el centro la formación plena e íntegra de la persona humana¹³.

Con respecto a este punto, es importante tener presente que a diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del ser humano siempre es nueva y, por tanto cada persona, cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones. Ni si-

quiera los valores más grandes del pasado pueden heredarse simplemente; tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal¹⁴.

3. UN LLAMADO APREMIANTE: FORMAR EN LA FE

Haciendo eco de lo que propone el Papa y en consecuencia con lo planteado hasta aquí, la “emergencia educativa” asume un reto muy preciso, para la educación católica: “la transmisión de la fe a las nuevas generaciones”¹⁵. Una fe sincera y profunda, que se convierta en sustancia de la vida.

¿Pero por qué la fe se convierte en respuesta a la problemática de la emergencia educativa? Cuando se pierde el sentido de la presencia y de la realidad de Dios, todo se “achata” y se reduce a una sola dimensión. Cuando cada cosa se considera solamente por su utilidad, ya no se capta la esencia de lo que nos rodea y, sobre todo de las personas con quienes nos encontramos. Si se pierde el misterio de Dios, desaparece también el misterio de todo lo que existe: las cosas y las personas me interesan en la medida en que satisfacen mis necesidades, no por

sí mismas. Todo esto constituye un hecho cultural, que se respira desde el nacimiento y produce efectos interiores permanentes. En este sentido, la fe, antes que una creencia religiosa, es un modo de ver la realidad, un modo de pensar, una sensibilidad interior que enriquece al ser humano como tal¹⁶.

El reto de formar en la fe le exige al educador católico repensar su ser y hacer a la luz de una serie de cuestionamientos muy específicos: la fe cristiana, que anunciamos ¿es para nosotros/as ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros/as “performativa”, un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo “información” que mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes?

Sobre este aspecto, Benedicto XVI, en su reciente visita a Estados Unidos, cuando se dirige a los educadores católicos, es claro en afirmar que “el deber educativo es parte integrante de la misión que la Iglesia tiene de proclamar la Buena Noticia” ; a esto añade: en primer lugar, y sobre todo, cada Institución Educativa Católica es

un lugar para encontrar a Dios vivo, el cual revela en Jesucristo la fuerza transformadora de su amor y su verdad (cf. Spe Salvi, 4). Esta relación suscita el deseo de crecer en conocimiento y en la comprensión de Cristo y de su enseñanza.

De este modo, quienes lo encuentran se ven impulsados por la fuerza del Evangelio a llevar una nueva vida marcada por todo lo bello, bueno y verdadero; una vida de testimonio cristiano alimentado y fortalecido en la comunidad de los/as discípulos/as de Nuestro Señor, la Iglesia¹⁸.

Realmente, la vida no es simplemente producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se revela como amor¹⁹. Se abre desde aquí todo un horizonte de sentido en el cual se debe enmarcar y dinamizar la misión y visión de toda obra educativa católica.

Si se pierde el misterio de Dios, desaparece también el misterio de todo lo que existe

4. MISIÓN PRIORITARIA DE LA COMUNIDAD EDUCATIVA

Frente al desarrollo de la temática en cuestión, vale la pena preguntarnos: ¿cuál es la

función de los miembros de la Comunidad Educativa en una institución católica llamada a formar en la fe? Para dar respuesta a este interrogante, remitámonos a las imágenes que los antiguos utilizaban para interpretar la figura de Jesucristo: “la de filósofo y la de Pastor”, que es presentada bellamente en la Encíclica sobre la Esperanza²⁰. En general, por filosofía no se entendía entonces una disciplina académica, como ocurre hoy. El filósofo era más bien el que sabía enseñar el arte esencial: el arte de ser hombre de manera recta, el arte de vivir y morir.

Haciendo un poco de historia sobre estos dos roles, la encíclica nos informa que hacia finales del

siglo III se encontró por primera vez en Roma, en el sarcófago de un niño, y en el contexto de la resurrección de Lázaro, la figura de Cristo como el verdadero filósofo; que tiene el evangelio en una mano y en la otra el bastón de caminante propio del filósofo. Con este bastón Él vence la muerte; el Evangelio lleva la verdad que los filósofos deambulantes habían buscado en vano. En esta imagen, se muestra claramente lo que las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo y lo que tendría que ser un maestro católico a imagen de su Maestro. Él nos dice quién es en realidad el hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos/as anhelamos.

5. EXIGENCIAS COMUNES DE UNA EDUCACIÓN AUTÉNTICA

Frente a la emergencia educativa, la Iglesia necesita la contribución de estudiosos que profundicen la metodología de los procesos pedagógicos y formativos, la evangelización de los/as jóvenes y su educación moral, elaborando juntos/as respuestas a los desafíos de la era posmoderna, de la

interculturalidad y de la comunicación social, tratando al mismo tiempo de ayudar a las familias²¹.

La acción educativa desde la visión de la Iglesia, reclama dar un perfil más marcado de evangelización a las numerosas formas y ocasiones de encuentro de presencia que todavía tenemos con el mundo juvenil en las parroquias, en los oratorios, en las escuelas -de modo especial en las escuelas católicas-, en muchos otros lugares de agrupación. Tienen mayor importancia, obviamente, las relaciones personales, en especial la confesión y la dirección espiritual. Cada una de estas ocasiones es una posibilidad para mostrar a nuestros/as muchachos/as y jóvenes el rostro de Dios que es verdadero amigo del ser humano.

Finalmente, vale la pena destacar, a modo de conclusión, las exigencias comunes que el Papa²² plantea para que una educación sea auténtica:

- ❖ Una educación auténtica necesita la cercanía y la confianza que nacen del amor, primera y fundamental experiencia de amor que hacen los/as niños/as -o que por lo menos, deberían hacer- con sus padres.

Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus estudiantes a superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico.

- ❖ También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los/as más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos/as. Llegamos al punto quizás más delicado de la obra educativa: encontrar un equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro. Pero la relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades,

En este sentido, la fe, antes que una creencia religiosa, es un modo de ver la realidad, un modo de pensar, una sensibilidad interior que enriquece al ser humano como tal

y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. A medida que el/la niño/a crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudar a corregir ideas, decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundar sus errores, fingir que no los vemos o peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano. La educación no puede prescindir del prestigio, que hace creíble el ejercicio de la autoridad. Es fruto de experiencia y competencia, pero se adquiere sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero. Por eso se hace necesario, hoy más que nunca, que nuestras Instituciones Educativas Católicas sean lugares en los que se reconoce la presencia activa de Dios en los asuntos humanos y en los que cada joven descubre la alegría de entrar en “el ser

para los/as otros/as” de Cristo, porque “únicamente donde se ve a Dios comienza realmente la vida”. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. Realmente no somos el producto causal y sin sentido de la evolución. Cada persona es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada persona es querida, cada una es amada. A esta certeza es a lo que la educación debe apostarle para poder responder a la emergencia educativa que nos urge a ser agentes de esperanza que fortalecen en las nuevas generaciones la fe como experiencia de encuentro con Dios que es amor.

Notas

¹HERNÁNDEZ MEDINA, José Francisco. “La obligación de enseñar la verdad”, entrevista al rector de la Universidad Angelicum, AGIUS, José, en: revista Heraldos del Evangelio. N° 62, septiembre de 2008, pp. 30-31.

²Ibid. p.31.

³Ibid. p.31.

⁴BERTONE, Tarcisio, “La cultura y los fundamentos éticos del vivir humano”, en *L'Osservatore Romano*, N° 10-7, marzo de 2008, p.14 (126 pp.)

⁵BENEDICTO XVI, *Discurso a la 58ª Conferencia General del Episcopado Italiano*, mayo 29 de 2008.

⁶Ibid. 14.

⁷Ibid. 14.

⁸BENEDICTO XVI, *Encuentro con los educadores católicos*, Visita a Estados Unidos, Universidad Católica de América. Washington, abril 17 de 2008.

⁹Ibid. p. 4.

¹⁰Ibid.

¹¹Op.cit., *Discurso a la 58ª Conferencia General del Episcopado Italiano*, mayo 29 de 2008.

¹²Ibid.

¹³Ibid.

¹⁴BENEDICTO XVI, *La tarea urgente de la educación*. Mensaje a la diócesis de Roma. Enero 21 de 2008.

¹⁵Ibid.

¹⁶“Familia, formación y fe son tres valores muy importantes para construir una sociedad fraterna y solidaria”, en *L'Osservatorio Romano*, septiembre 12 de 2008, p. 8.

¹⁷BENEDICTO XVI, *Encuentro con los educadores católicos*, Visita a Estados Unidos, Universidad Católica de América. Washington, abril 17 de 2008.

¹⁸Ibid.

¹⁹Ibid., pp.8-9.

²⁰BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Spe Salvi*, N° 6, Roma 2007.

²¹BENEDICTO XVI, *Promover una pedagogía cristiana para responder a la emergencia educativa*, marzo de 2008.

²²BENEDICTO XVI, “La tarea Urgente de la Educación”, discurso a la Diócesis de Roma, 2008.

Referencias

❖ HERNÁNDEZ MEDINA, José Francisco. “La obligación de enseñar la verdad”, entrevista al rector de la Universidad AGIUS, José, en: revista Heraldos del Evangelio. N° 62, septiembre de 2008, pp. 30-31.

❖ BERTONE, Tarcisio, “*La cultura y los fundamentos éticos del vivir humano*”, en L’Osservatore Romano, N° 10-7, marzo de 2008, p.14 (126 pp.).

❖ BENEDICTO XVI, “*Discurso a la 58ª Conferencia General del Episcopado Italiano*”, mayo 29 de 2008.

❖ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los educadores católicos*, Visita a Estados

Unidos, Universidad Católica de América. Washington, abril 17 de 2008.

❖ Op.cit., *Discurso a la 58ª Conferencia General del Episcopado Italiano*, mayo 29 de 2008.

